



PRESIDENTE DE LA HOAC

Acto central Andalucía. Despedida

TRABAJANDO POR UNA SOCIEDAD DECENTE

Queridas amigas, queridos amigos, buenos días y un cordial saludo en esta preciosa mañana en lo climatológico y en lo celebrativo.

Estamos a punto de concluir el acto público central de la HOAC de Andalucía en el marco de una campaña de sensibilización, de denuncia y de promoción del compromiso con el trabajo digno que la HOAC venimos trabajando específicamente desde hace dos años.

Se trata por tanto de un acto comunitario a la vez que público, que recoge el trabajo que se ha venido realizando en todas las diócesis de Andalucía y que se une a otros que promueve la HOAC en las distintas diócesis y regiones de España. Para alegría de todos, en estos actos nos acompañan y participan también amigas y amigos, conocidos y compañeros que comparten con nosotros su compromiso en este campo, central para la vida de las personas y de las familias

En el acto de hoy hemos querido recoger y mostrar nuestro caminar diario y nuestro quehacer en la reivindicación y en la concienciación sobre el derecho de todas las personas, en todas sus circunstancias, a poder trabajar y a poder hacerlo de manera digna. Es indispensable hoy tener un empleo que permita la vida personal y familiar, el acceso a los bienes básicos, la integración y la aportación a la sociedad, soñar un futuro mejor. Un trabajo dignificador.

Siendo como somos una organización de la Iglesia, nuestra contribución a ese fin la intentamos llevar a cabo atendiendo a nuestra identidad y a nuestra manera de hacer. En la HOAC el compromiso de nuestras y nuestros militantes es personal, en los lugares de trabajo y de vida, pero también es comunitario.

Somos comunidad eclesial que quiere caminar unida, y a la vez cogida del brazo con aquellas otras personas, entidades y realidades que, como en el tema que nos ocupa hoy, quieren revertir la lógica de las cosas e ir construyendo de manera diferente nuestro sistema económico y social: dando prioridad a atender los derechos y las necesidades básicas de los que no tienen trabajo; a los que, cada vez en mayor número, tienen empleos precarios (mal pagados, sumergidos, mal contratados, con horarios que no permiten el descanso ni la vida social o que ponen en peligro su integridad física); a aquellas y aquellos que en suma son tratados hoy como prescindibles, como descartables, como mercancía.

Nuestra economía, nuestra sociedad, nuestros compañeros de trabajo,... todas y todos necesitamos renovar nuestro compromiso por ser fieles a nuestra condición

fundamental de personas, y hacerlo mirando a los últimos en primer lugar. Estamos llamados todas y todos a convertir ese mirar en ver; a entender que no es honrado permanecer impasibles asumiendo el discurso de que no se puede hacer nada frente al desempleo o la precariedad más que resignarse y aceptar que lo indigno se convierta en normal; y a salir del miedo, de la desesperanza y del egoísmo cómplices comprometiéndonos a hacer posible que la lógica cambie, construyendo con nuestras manos, nuestro esfuerzo, nuestras ideas, nuestra convicción, nuestra fe,... una sociedad más justa y más decente.

Gracias a Dios, en la tarea no estamos solos. Otras entidades trabajan junto a nosotros desde la Iniciativa Iglesia por el Trabajo Decente, para que en la Iglesia el trabajo digno sea una preocupación fundamental, para que la Iglesia empiece además a predicar con el ejemplo y para que aporte a la sociedad lo que tiene que decir sobre ello desde la coherencia de vida y de acción. Es una alegría enorme poder compartir camino con ellos.

También nos encontramos en el camino con compañeros individuales, con asociaciones de desempleados, con sindicatos, con organizaciones de todo tipo que luchan desde sus creencias, desde sus utopías, desde sus deseos desde su perseverancia,... por dignificar el trato que reciben las y los trabajadores, porque su dignidad sea reconocida y respetada. A ellos, a vosotros, nuestro respeto y nuestro compromiso militante de perseverar en el empeño, haga frío o calor fuera, como siempre. Nuestro Dios no entiende de rebajas en ciertas cosas.

Amigas y amigos, en fin, hoy no acabamos nada. Hemos venido aquí no a clausurar ni a terminar sino a celebrar lo hecho y a coger nuevo impulso. Seguiremos en la misma brecha, trabajando las conciencias, impulsando y apoyando nuevas prácticas e iniciativas y nuevas lógicas desde la alteridad, la solidaridad, la fraternidad. El bien común es nuestra meta y somos conscientes de que trabajo, ese trabajo, no nos ha de faltar. Estamos convencidos de que el esfuerzo merecerá la pena y que cada vez seremos más. Nuestras puertas están abiertas para compartir, sin condiciones, con todas y todos los que sientan la inquietud y la llamada.

Dentro de un ratito iremos a celebrar la eucaristía. A esa mesa compartida que es el altar, llevaremos el sufrimiento y los anhelos, las frustraciones y también las esperanzas de todas las personas y familias que hoy tienen que vivir sin que les sea reconocida su dignidad de manera práctica. Personas con cara y ojos, con nombre y apellidos, conocidos muchos de ellos para vosotros y vosotras, con los que habéis compartido muchos ratos de vida, y en cuyas vidas nos encontramos, como en ningún otro lugar, con el rostro sufriente de Cristo que nos dice: lo que hacéis con uno de estos, lo hacéis conmigo.

Llevaremos a la mesa compartida nuestra oración y nuestra petición por ellos y ellas. Y llevaremos a la mesa también nuestra humilde experiencia de habernos sentido más cerca del Padre cuando hemos sido capaces de salir de nosotros mismos y de ir al encuentro de las hermanas y hermanos que lo están pasando peor. La experiencia de que cuando nos hemos ido poniendo en marcha hacia la periferia, más centrados nos hemos sentido en nosotros mismos y más seguros de lo que todos y todas estamos llamados a ser y hacer.

Pediremos al Padre nos siga dando luz y fuerzas para continuar con la tarea junto con tantos otros compañeros de camino, que están en la misma brecha.

Mucho ánimo. Un abrazo y muchas gracias.